

MI VIAJE DE LA EVOLUCIÓN

Bien, yo no monté en el “Beagle” ni desde pequeño me gustó observar las pequeñas formas de vida de mi alrededor, tampoco fui aficionado a la caza y probablemente tampoco seré biólogo. Pero algo está claro: si hay algo que me define en este mundo es ser una persona curiosa. Desde pequeño nunca cesé de hacer preguntas. Preguntaba a cualquier persona, sobre cualquier tema y en cualquier momento. Una de estas muchas veces que pregunté lo hice con 13 años, lo recuerdo perfectamente.

Fue un día de verano, que comenzó como todos los días, levantándome de mi cama para ir a desayunar bajo la atenta mirada de mis padres que, metiéndome prisa, me decían que no llegábamos. Teníamos una comida familiar en un restaurante de la Malvarrosa que concurríamos frecuentemente. Normalmente a esos encuentros siempre llevaba mi pelota de fútbol con la esperanza de montar un “partidito”, junto a mi padre y mi tío; sí, esa misma pelota de la cual me acordé una vez llegamos al restaurante y esa misma pelota que, esta vez, no logró evitar mi profundo aburrimiento ante las conversaciones de los adultos. Con las prisas me había dejado la pelota en casa.

Ante mi desesperación, mi madre intentó consolarme abriéndome los ojos. El restaurante estaba en primera línea de la playa y, en mi mente, ya estaba pensando en el “chapuzón” que me daría después de comer, aunque el final no fue el esperado, pues al ser una reunión familiar navideña, el baño en la playa no era, ni de lejos, una opción asequible para matar mi aburrimiento.

Entonces se me ocurrió una idea, algo que había visto hacer a mi abuela infinidades de veces cuando iba de pequeño a la playa. Pues en la orilla de esta se encontraban unos pequeños moluscos a los cuales era yo muy aficionado, a comérmelos, claro está. Mi idea era la de recoger tellinas.

Una vez retiradas mis zapatillas y remangados mis pantalones, me acerqué a la orilla para recoger estos pequeños moluscos, donde, tras verme agachado revolviendo entre la arena mojada, se me acercó un hombre diciendo que no, que no los cazara y que era mejor observarlos, no en estos instantes, sino observar los millones de años que le han traído hasta tener su aspecto actual y estar en la playa que tenemos justo bajo nuestros pies.

Ese hombre era, en concreto, un tío mío que vivía en EEUU, ese típico tío al que solo habías visto en la comuñón, que resultaba haber estudiado en Cambrigde y estaba siendo profesor de biología en un instituto de Nueva York.

Volviendo al tema de las preguntas, la pregunta que sigo recordando haber hecho fue la siguiente: Pero tío Manolo, ¿qué más da? Recuerdo perfectamente su respuesta, me dijo que, si la cazaba, esa tellina no se reproduciría y estaría retrasando la evolución.

Me explicó que, gracias a la evolución, esta mañana yo he podido comer tellinas y mejillones y diferenciar perfectamente su sabor, ya que sin la evolución no habría rastros de estos moluscos y tendría que conformarme con su antepasado común. A mí no me extrañó que la tellina y el mejillón fueran, de alguna manera, similares ya que la forma del cuerpo era algo parecida y, además, esa semana nos habían explicado un ejemplo parecido en el instituto con los humanos y los chimpancés, pero yo quería conocer más casos que pudiera observar con mis propios ojos.

Entonces mi tío Manolo me llevó al parque natural de "l'Albufera", donde observamos infinidad de pájaros que, según mi tío, también venían de un antepasado común que vivió hace más de 75 millones de años. Y quedamos con mi tío en Denia al día siguiente.

Una vez en Denia, primero visitamos el Montgó, donde vimos unos cuantos jabalís, y mi tío me explicó que son parientes de los cerdos. Pero lo que sin duda no se me olvida fue esa tarde, cuando visitamos la "Cova Tallada" donde hicimos algo de snorkell.

Tuvimos la suerte de ver un par de delfines, cosa que a mí me encantó. Pero sin olvidar que era un viaje con propósito educativo, mi tío hizo hincapié en otro avistamiento: las tortugas marinas.

Antes yo pensaba que lo único que las diferenciaba de las terrestres era el hábitat, ya que a simple vista son muy similares, pero descubrí que son bastante diferentes. La tortuga marina tiene solo dos dedos en las patas, unidos por una membrana para facilitar el nado, una prueba clara de que se habían adaptado al medio acuático, ya que sus parientes terrestres tienen más dedos y sin membrana. Otra prueba de sus diferencias es que la marina no puede

esconder la cabeza en su caparazón, pero como mecanismo de defensa puede huir de un depredador nadando, cosa que la terrestre no puede hacer en la superficie, aunque ellas pueden esconder su cabeza en el caparazón. Es una clara prueba de que cada una se ha desarrollado en su medio y se han adaptado perfectamente.

Esta historia no contiene nada especial, tampoco he dado la vuelta al mundo; pero he visto pruebas de la evolución a no más de una hora de mi casa. Este ha sido mi viaje de la evolución.